

EL LEÓN ENCADENADO

Mientras Samuel y su mamá bajaban del ascensor y se dirigían por el corredor hacia la calle, el niño preguntó:

- ¿Cuándo dijo el dentista que debemos volver?

El consultorio del dentista estaba en el cuarto piso, pero Samuel no le había gustado tanto como otras veces el descenso en el ascensor. Estaba muy preocupado acerca de la próxima visita que tendría que hacer al consultorio.

- El Dr. Laínez dijo que podríamos venir el lunes próximo. – contestó la mamá. - ¿Te estás afligiendo acerca de un dientecito que se te tiene que extraer? Ya sacaste varios tu mismo, ¿no te acuerdas?

- Sí, pero esta muela no está floja siquiera. ¿Por qué no la deja tranquila hasta que se afloje? Sólo me ha dolido algunas veces.

- La cosa es Samuel – dijo la mamá, - que no es un diente de leche. Ya es una muela permanente, y lamento mucho que la hayamos descuidado tanto tiempo. Es realmente culpa mía si no me fijé que tenía una cavidad y que era necesario emplomarla. Ahora el dentista dice que hay que sacarla.

Llegaron a la calle, y Samuel seguía pensando en el lunes siguiente. Volvió a hablar para preguntar:

- ¿No es como si le sacaran a uno un hueso del cuerpo?

- No digas tonterías – dijo la madre. Déjate de imaginarte cosas terribles. Nuestros dientes están como enganchados en el maxilar, y el dentista sabe cómo desengancharlos. A ver si me haces acordar que te cuente una historia esta noche antes de acostarte, una historia acerca de unos leones.

Esa noche, tan pronto como el niño estuvo listo para acostarse, su mamá vino a la pieza para asegurarse de que no se había olvidado de cepillarse los dientes, y él le dijo:

- ¿Me vas a contar ahora la historia de los leones?

- Muy bien – contestó la mamá. – Creo que no te causarán pesadillas. Leí esa historia hace mucho tiempo en un libro muy antiguo llamado El viaje del Peregrino. El Peregrino hacía un viaje hacia la santa ciudad, y el libro relata todos los peligros y dificultades que encontró en el camino.

En una parte que siempre he recordado, el Peregrino vio dos leones feroces que rugían al lado del camino por el cual debía pasar. No tenía más remedio que seguir adelante, aunque temblaba de miedo. Rogó a Dios que lo protegiese, y caminó hacia los leones. ¡Qué amenazadores le parecían!

"¿Y qué te parece? Cuando se acercó a los leones, vio que estaban encadenados y no podían acercársele."

- ¡Qué suerte! – exclamó Samuel. – Me imagino que el Peregrino estaba contento.

La mamá siguió hablando:

- Muchas veces he pensado en esta historia cuando me hallaba preocupada por alguna cosa, o sentía temores. Cuando llegaba frente a lo que temía, las cosas no eran tan graves como me habían parecido. Los leones estaban encadenados.

El lunes siguiente por la tarde, Samuel no estaba muy animado cuando subía con su madre por el ascensor para llegar al cuarto piso donde estaba el consultorio del Dr. Laínez.

Este era muy amigable y mientras Samuel se instalaba en el gran sillón, le dirigió alguna broma acerca de los niños que comen tanto que se les desgastan las muelas.

- Vamos a mirar ese diente que no quieres más – dijo el doctor mientras tanteaba en la boca del muchacho con instrumentos resplandeciente.

Samuel temblaba de miedo, el pensar en lo que el dentista iba a hacer. Era algo que no le agradaba nada. ¡Cuánto deseaba entonces haber cuidado mejor sus dientes, cepillándolos después de cada comida!

Mientras Samuel estaba así lamentándose y pensando, el Dr. Laínez iba preparando todo lo que necesitaba para sacar la muela. Uno de sus instrumentos resbaló y le causó a Samuel un poco de dolor en la encía, pero el dentista dijo: "¡Ay!" he hizo un visaje antes que Samuel pudiese dejar oír una queja.

Luego el doctor se dirigió a la mamá y empezó a preguntarle a qué escuela asistía el pequeño paciente y qué juegos le gustaban más. Samuel iba a explicarle todo eso cuando el dentista regresó para examinar otra vez la muela. Alzó otro instrumento niquelado, y Samuel deseó que éste no le hiciese doler.

Lo siguiente que sintió Samuel fue un tirón fuerte en la cabeza, y el Dr. Laínez sostenía en alto una cosita blanca.

La mamá sonreía y decía:

- ¡Ya está! No te dolió mucho, ¿no es cierto?

Cuando Samuel hubo terminado de escupir sangre, y pudo hablar dijo:

- Mamá, me parece que el león estaba encadenado.

- ¿Qué es eso de un león encadenado? – preguntó el doctor, y la mamá le contó la historia.

Cuando estaban listos para salir, el dentista dijo:

- Adiós Samuel. Acuérdate de que en este consultorio siempre tenemos encadenados a los leones, así que no tengas miedo de volver.